
DOCUMENTOS DE HISTORIA PATRIA.

(AÑO DE 1830 A PRINCIPIOS DE 1831.)

EL GRAL. GUERRERO Y PICALUGA.

APUNTACIONES DE UN VIAJE HECHO DE GUADALAJARA AL SUR
DE MÉXICO, POR EL PRIMER AYUDANTE
MANUEL ZAVALA EN COMISION DEL SERVICIO.

El presente manuscrito que hoy publico perteneció al gran erudito mexicano, Lic. D. José Fernando Ramírez, y se lo proporcionó su mismo autor como se verá adelante. Después de la muerte del eminente bibliógrafo mencionado, pasó el manuscrito á poder del diligentísimo Sr. D. José María Andrade, librero anticuario é infatigable coleccionador de documentos y obras relativas á la Historia Patria, quien, al morir, lo legó, entre otros que formaban su riquísima biblioteca, á mi excelente amigo el Señor Canónigo de la Insigne Colegiata de Guadalupe, D. Vicente de P. Andrade.

El P. Andrade, conociendo mis aficiones á nuestra historia, con la liberalidad que le es característica, me lo regaló hace algún tiempo.

La advertencia que le precede, escrita de puño y letra del Sr. Ramírez, dice así:

Esta copia es un obsequio que me hizo el mismo Sr. Zavala, actualmente General graduado de Brigada y uno de los mui raros gefes militares estimables por sus servicios, excelentes calidades morales y buenos conocimientos. Lo conozco hace muchos años. Merece entera fee.

Mexico, Octubre 4 de 1866.

José F. Ramírez.

El manuscrito es de mucha importancia. Sólo se han publicado algunos fragmentos en el volumen IV de *México á través de los Siglos*, por mi ilustrado amigo el Sr. D. Enrique de Olavarría y Ferrari, pero íntegro, hoy es la primera vez que se imprime.

El *Diario* del Sr. Gral. Zavala, aparte del mérito histórico, cautiva por la facilidad y sencillez de su estilo, por sus observaciones ingenuas y porque describe minuciosamente las dificultades con que caminaba entonces una escolta militar, atravesando por caminos intransitables, por ranchos desiertos, por pueblos pobrísimos; sin alimentos para los soldados y sin forrajes para las cabalgaduras, pues unas veces apenas tenían que comer ginetes y animales.

Esta primera parte del diario, á primera vista sin importancia, es digna de atención, porque sin pretensiones del autor, que revela á un militar franco, honrado y sincero, contiene una pintura exactísima de la zona que recorrió en los años de 1830 y 1831.

No parece sino que la escribió de propósito, con mano maestra, para conducirnos paso á paso, poco á poco, á fin de presentarnos en la segunda parte de su escrito, el tremendo y trágico episodio, en el cual se destacan dos figuras: una estremadamente simpática, la del Mártir; otra profundamente repugnante, la del Traidor.

Febrero 21 de 1905.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

VIAJE DE GUADALAJARA AL SUR.

AÑO DE 1830.

NOVIEMBRE.—DIA 19.—STA. ANNA.

Comisionado por el Exmo. Sor. Comandante General del Estado de Jalisco, General D. Miguel Barragan, para conducir unos pliegos importantes del servicio á los Exmos. Sres. Generales D. Vicente Guerrero, que se hallaba en el pueblo de Texca, y D. Nicolás Bravo, en Chilpancingo, con espresa orden de no caminar por puntos ocupados por las fuerzas pronunciadas contra el Gobierno, ni por las de éste, sino por senderos, hasta tomar las playas del Pacífico: salí de Guadalajara el día 19 de Noviembre del presente año de 1830, con pasaporte para mí y mi asistente, el soldado del 11.^{mo} Batallon permanente, Ignacio Ortega, con una escolta de un cabo y dos hombres, del Escuadron Activo de Jalisco, que facilitó su Comandante D. Antonio Contreras. A la una del día emprendí la marcha. Comí en el Rancho de *San Agustin*, donde encontré á D. Ramon Guerra, y caminamos juntos, con D. Felipe Diaz y otros dos desconocidos, hasta el pueblo de *Santa Anna*, donde llegamos á las siete de la noche, alojándonos en el Meson. Camino carretero, bueno, y el alojamiento provisto de los víveres mas precisos y de forraje para los cuatro caballos y dos mulas de silla de mi propiedad y los de la escolta.

DIA 20.—TECHALUTA.

Salimos de Santa Anna, Ortega y yo, solos (habiendo regresado la escolta), á las cinco y media de la mañana: nos desayunamos con leche en un lugar nombrado *Las Ordeñas*: almorzamos en *Las Cebollas*, continuando nuestro camino, hasta el pueblo de *Techaluta*. El Juez, D. Bartolo Garcia de Alva, me trató perfectamente, llevándome á visitar al Sor. Cura del lugar, presbítero D. Rafael Méndez, quien me recibió bien y me obsequió con chocolate.

DIA 21.—SAN NICOLÁS.

Salí á las cinco de la mañana, caminé sin detenerme, hasta llegar á *Sayula*, á las once de la mañana; lugar grande y regularmente poblado (lleva el nombre de Ciudad). Comí en la casa de D. Manuel Sánchez Hidalgo, y á las cinco continué mi marcha para la Hacienda de *San Nicolás*, donde llegué al anochecer, durmiendo en la casa de un dependiente del dueño de los Tequesquites.

DIA 22.—ZAPOTLÁN.

Salí de San Nicolás á las cinco de la mañana, sin detenerme hasta llegar á *Zapotlán el Grande*, fuí detenido en la casa del Coronel D. Juan de la Peña y del Rio. Su patron, D. Ignacio Castellanos y la señora su esposa, me recibieron muy bien; visité á las Señoras Zamoranos, al Mayor D. José de Jesús Maldonado, Capitanes Barboza y Andrade (D. Rafael María). Buen camino y provisto de víveres y forrajes.

DIA 23.—ESPANATICA.

Salí de Zapotlán á las cinco de la mañana; me desayuné en el pueblo de *Tuxpam*, despues de haber pasado por el de *Zapotiltic*: se anduvo por camino pasadero y llegué á las seis de la tarde á una ranchería ó congregacion, nombrada *Espanatica*. El cabeza de rancho, D. Tiburcio Acosta, es un aldeano honrado, me recibió muy bien, me alojó y proporcionó lo necesario en víveres y forraje. En Tuxpam, la Señora Doña Camila Castrejon, dueña de una tienda, me atendió con suma amabilidad: su esposo, D. Zeferino Pérez, no estaba en el lugar aquel dia.

DIA 24.—BELEM.

Salí á las cinco de la mañana, el camino comenzó á estar quebrado y con algunas colinas pedregosas y temperamento más que templado. Llegué al rancho de la *Higuera*, cuyo mayordomo ó arrendatario, D. Tomas Lares, nos detuvo á las once y media de la mañana; nos dió de comer y obsequió con mucha urbanidad: á las dos de la tarde continuamos nuestra marcha hasta la Hacienda de *Belem*, á donde llegamos á las oraciones de la noche, á causa del camino tan duro. El dueño de esta finca, Presbítero D. Justo Bravo, me recibió bien, dándome alojamiento. Me manifestó que el derro-

tero que llevaba era muy malo, pues desde la jornada siguiente era casi despoblado, y á la tercera, serfa playa desierta, enteramente desprovista hasta de pastos, pues hacia lo menos doce años, que nadie viajaba por esos puntos, por cuyo motivo estaban los caminos, que eran estrechos antes, hasta borrados; sin embargo, me dió un gufa hasta el primer rancho.

DIA 25.—SANDÍAS.

Salí de Belem al amanecer, llevamos un camino excesivamente quebrado y pedregoso; luego atravesamos un llano cortado por un río provisto de mucha pesca, y cuyas vegas y derrames están llenos de Camelote: todo es despoblado y sin el menor recurso; ni una choza se encontró en el camino. Por último, llegamos á una colina donde hubo en otro tiempo una choza cuyo punto se llamó *Sandías*: allí pasamos la noche, sin agua ni forraje, despues de no haber tomado alimento en todo el día.

DIA 26.—PANTLA.

Nos pusimos en marcha á las cinco de la mañana: llegamos á las ocho á un ranchito de cinco chocitas muy miserables, nombrado *Miguel*, abandonado hacia algún tiempo, (por otro nombre *La Cidra*): allí nos proporcionaron miel de abejas y tortillas; nos desayunamos, y continuamos hasta llegar al Rancho de *Pantla*, cinco leguas adelante, á las cinco de la tarde. El dueño ó arrendatario de él, D. Quirino Trujillo, nos recibió bien; nos alojó, nos dió de cenar y forrajes, tratándonos perfectamente: le regalé una purera que algo valfa.

DIA 27.—CHINICUILA.

Salí con un gufa de Pantla, á la madrugada, llevando un camino infernal: á dos leguas, hicimos alto durante dos horas para desayunarnos en un Ranchito nombrado *Ihuitán*; en seguida, continuamos el camino hasta llegar á otro rancho, cerca de la una del día, llamado *Copala*, en el cual me recibieron perfectamente aquellas buenas gentes; comimos, y como á las cuatro, continuamos hasta otro Ranchito nombrado *Chinicuila*, seis leguas adelante, de un muy mal camino; llegamos al paraje á las seis y media de la tarde, nos hicieron de cenar, pagando á pesar de que no querfan admitir los patrones.

DIA 28.—JUANTEPEC.

Salimos de Chinicuila ya de día claro, haciendo nueve leguas de camino extraordinariamente malo, pedregal y barrancoso, llegando á las doce del día, con el avío muy maltratado, á un ranchito que no tenia más que dos pequeñas chozas llamado *Juantepec*: nos recibieron bien, pero son tan miserables aquellos habitantes, que no tenían ni aun maíz; por consecuencia, no hubo que comer para nosotros ni para el avío: así se pasó la noche.

DIA 29.—HUITONTLA.

Salimos de Juantepec á las cinco de la mañana, acompañándonos un perro que se nos unió del mismo Ranchito. Como á una legua de él (situado, como ésta, en una eminencia sumamente elevada) se comienza á descender por el costado izquierdo de una barranca, pero tan profunda, que no puede vérsese el plan, y en dicho punto le dan como mil varas de profundidad. El camino es un sendero, en lo más ancho, de una vara; pero llega á estrecharse hasta tener apenas una cuarta. Al lado derecho, es un despeñadero, y de distancia en distancia algunas encinas enanas, ó troncos de ellas, y por el izquierdo un respaldo natural, pero que parece hecho á mano. El camino es de Sierra, y está poblado de encinas y otros vegetales análogos. Esta bajada es como de seis leguas, en la mayor parte violenta y peligrosa. Para impedir que llegue el caso de encontrarse los caminantes, sin poder retroceder los que ascienden, se hallan á distancia como de media legua y aun de dos, unas como plazoletas ó espacios de muy poca extension, donde se detienen los transeuntes luego que oyen el canto de unos ó de otros, por cuyas detenciones apenas alcanza el día para vencer esa pequeña jornada de siete leguas. En ella se precipitó una mula, desde lo más elevado, llevándose en una especie de albardita de lona que portaba, toda ó la mayor parte de mi ropa de uso con que estaba llena, y más de la mitad del dinero que llevaba para mis gastos, quedándome muy poco. Más adelante, el caballo que yo montaba, que era de mucho brío, al emprender una subida muy violenta (aunque corta) resbaló y quedó pendiente fuera del precipicio, cayendo yo, y deteniéndose mi cuerpo, de través, en un tronco de encina, contenido el peso, sólo de la atadera de la bota, hasta que mi asistente, dejando al guía delante de su caballo y demas bestias sueltas, pasó por debajo de todas ellas, y echándome un cabestro, pude atarme de la cintura, y con mil trabajos, despues de mas de una hora,

pudo sacarme hasta ponerme cerca de otro tronco, del que logré asirme para salir del precipicio; perdí mi reloj y cuanto llevaba de dinero en las bolsas en oro y plata: mi cartera, por un arcano incomprendible, quedó junto al tronco primero en que me atoré; lo mismo salvó el caballo sin ayuda ninguna: una pistola se fué al abismo y mi espada quedó pendiente, por el cordón, del estribo del lado de montar.

Repuestos del acontecimiento, seguimos el camino, siempre cantando el guía, y como dos leguas adelante, encontramos al Cura de *Coalcoman*, D. Francisco Martínez, detenido en uno de esos remaneces ó plazuelas, esperando á que llegásemos. Me habló y rectificó el dicho del padre Bravo, de Belem, sobre que el camino que seguía era absolutamente desierto y peligroso, por el crecido número de Tigres, Lobos y Leopardos hambrientos, por no tener ninguna clase de ganados, en más de cuarenta leguas de monte y playa, por donde debía transitar. Me dió otro itinerario hasta el Puerto, que no pude seguir por no salir de las órdenes que tenía. Por fin, á las cinco y media de la tarde, llegué al Pueblito de *Huitontla*. Este es de muy corta poblacion indígena, que habla el mexicano; situado en el plan de la barranca en la ribera derecha, desde cuyo punto comienza á ampliar el terreno luego que se pasa el río. En este punto tomamos algo caliente, dormimos y nos pusieron alguna provision para continuar el día siguiente.

DIA 30.—OSTULA.

Salí de Huitontla á las cinco de la mañana. Como á las diez de ella, hicimos alto en un paraje inmediato á un río bastante poblado de árboles donde nos pusimos á almorzar y á sestear; por ser excesivo el calor, nos bañamos y continuamos el camino á las tres de la tarde, habiendo andado ocho leguas de un piso no muy malo, llegando como á las oraciones de la noche al Pueblo de *Santa María Ostula*, distante del punto anterior ocho leguas, de un camino fragoso, sin haber visto en todo el día ni una sola persona, ganados, ni nada. El Alcalde nos recibió bien, prestándose á todo lo que se le pedía; pues aunque al principio se resistía un poco, luego que conversé con él, usando el mexicano, variaron él y su familia, en términos de ponernos algunas provisiones para el siguiente día: les regalé unas cuantas tablillas de Chocolate que aparecieron en las arganas de mi asistente. De este punto para adelante nos dieron un guía.

DICIEMBRE.—DIA 1.º—CUIRÍ.

Salimos á la madrugada, quedándose extraviado mi perro; llevamos un camino sumamente malo, aunque no muy montañoso. Como á siete leguas, nos detuvimos en la orilla de un rio para pasar el calor; y dos horas despues continuamos ya con el perro que nos fué á alcanzar, logrando llegar como á las cinco y media de la tarde, al pueblo de *Cuirí*, lugar corto de indígenas, cuyo Juez se manifestó indiferente y desconfiado, sin poder leer el pasaporte; pero nos entendimos hablando mexicano y varió de conducta; nos trató mal por falta de víveres, pero con gallinas y huevos pasamos la noche y llevamos para el siguiente dia. Se volvió el guía y nos dieron otro. El forraje fué escaso y malo.

DIA 2.—PÓMARO.

Salimos de dia claro, llegando al pueblo de *Los Santos Reyes de Pómaro*, á cosa de las once de la mañana, no pudiendo continuar, porque siendo la última poblacion que tocaba, era preciso pasar la revista de Comisario. Esta poblacion, es de indígenas y aun más pequeña que las anteriores. No había ni un solo varon, de diez años arriba, pues desde el Alcalde, hasta el último de ellos, se hallaban en la orilla de la mar, la costa y playa, unos haciendo carguitas de sal, otros pescando y algunos otros recogiendo algunos objetos que echa fuera la resaca: fué, pues, preciso esperar hasta como á las cinco de la tarde, que llegó el primero, llamado por una de las mugeres que, alarmadas con sus compañeras al ver dos hombres con vigotes que llamaban *Tentzo-Misto* (*barbas de gato*), fué á dar parte de lo ocurrido. Entre tanto, ni por dinero, ni por Dios, ni por el demonio, querían hacernos de comer, hasta que ocurriendo al idioma, conseguí hacerme entender, y se fueron domesticando aquellas indómitas hembras. Cuando llegaron los hombres recibieron mejores informes de ellas mismas y aun del guía que llevaba de *Cuirí*. Presenté al bárbaro Alcalde el pasaporte; pero no había quien lo leyera, porque el único que sabía leer, había ido á *Coalcoman*, hacía ocho días: fué, pues, preciso que yo mismo hiciera la version de él en mexicano y castellano para que supieran lo que contenía. Faltaba lo esencial, que era los justificantes de revista para mí y para mi Asistente; pero en la noche llegó un hombre con un arriero y cuatro mulas cargadas de Sal, y que casualmente escribía, aunque excesivamente mal; le dí papel y tintero, y dictándole, escribió los justificantes, que firmó él mismo por encargo del

Alcalde, poniendo éste una cruz y lo mismo otros indígenas á guisa de testigos de asistencia. Conseguí que nos dieran de comer pescado, un faizan guisado en agua y Sal, llevando una gallina, algunos huevos y pocas tortillas para el día siguiente. Se volvió el guía y me dieron otro, para continuar. El camino de Cuirí á Pómaro, ha sido bueno en la mayor parte, aunque con alguna piedra y arena.

DIA 3.—CACHANA.

Salí de Pómaro á la madrugada, con un camino muy malo, alternando monte y playa todo muy pedregoso, teniendo que vadear un río, nueve veces: anduvimos hasta las once de la mañana para llegar á un punto nombrado *Cachana*. Es un lugar abandonado, con tres ó cuatro chozas muy miserables, donde no había más que mugeres; siendo preciso quedarse en él porque todo es desierto, y por conseguir un guía, pues para adelante los senderos están casi borrados, como que nadie transita por las playas. El alojamiento fué á la intemperie y los alimentos malos y escasos: el forraje, pasto muy malo.

DIA 4.—TICHUPA.

Salimos del punto anterior de día claro, y sin guía, con un camino infernal, absolutamente desierto, sin ver más animales que uno que otro Tigre que se presentaba en las rocas rugiendo al olfatear la remonta, pero conteniéndose por los ladridos de mi perro, (que espeado, ha sido necesario llevarlo en ancas de los caballos, alternándonos mi asistente y yo) y en las playas se oían los graznidos de los alcatraces y otras aves marítimas. Nos detuvimos para tomar las tortillas que llevábamos, en la orilla de un Riachuelo, y despues de medio día, continuamos hasta llegar á un lugar nombrado *Tichupa*, despoblado, y situado en la embocadura de un pequeño río que desahoga en la mar. Ya en este punto no hemos tenido recursos de ninguna especie. Los caballos quedaron persogados, y por forraje se les dió el cogollo, ó punta de carrizo que cortamos del carrizal inmediato. La noche la pasamos en vela, tanto por el crecido número de caracoles de todos tamaños, que pasaban por encima de nuestras camas, como por impedir que los caballos reventaran las persogas, espantados con el continuo rugir de los Tigres, y la resaca de la mar. El perro nos salvó de un asalto de esas fieras.

DIA 5.—GUAGUA.

Sin guía, á la casualidad, y siguiendo las playas, salimos de Tichupa al amanecer. El camino ha estado estremadamente malo; las montañas muy pedregosas y las playas lo mismo, en términos de hacerlas intransitables. Como al medio día, entramos en una arenosa, y como á seis leguas, hacia el pie de la montaña, se oyó cantar un gallo y ladrar un perro: el mío, brincó del caballo, comenzó á olfatear y á gruñir, pero no se veía cosa ninguna, ni un sendero que condujera á aquel punto, mas buscando por diversas partes, y con el auxilio del perro, se encontró una vereda que se perdía entre la escasa vegetacion, de un pasto amarillento; y ésta nos condujo por entre unos grangeles, (especie de espinos muy elevado que forma cruces y tocan los extremos de sus ramas el suelo como en forma de bóveda) á un llanito donde había unas ocho casitas de zacate, circunvaladas por esos mismos grangeles que forman una trinchera natural, sólida é impenetrable, nombrado *Guagua*. Dentro, hay un ojo de agua superficial contenida en su misma órbita, de donde se surten aquellos vecinos. Entramos, y fueron sorprendidas las mugeres al ver gente estraña y en traje que no conocían; sin embargo, un hombre, que parecía ser el cabeza de Rancho, vió mi pasaporte, me dió alojamiento, nos dió de comer, y preparó algunas provisiones para el siguiente día. En la tarde, hizo mi asistente algunos cambios de cintas de chaquiras, medallas de plata y otras frioleras, por pencas de carey y perlas. Yo hice lo mismo con unas toquillas de plata, chapetas y mancuernas de camisa, por iguales objetos; y á más, por dos calabacillas sin taladrar, propias para hacer unos aretes de algún precio. Allí dormimos teniendo forraje para el avío.

DIA 6.—Nespa.

Emprendí la marcha á la madrugada. El camino, quebrado y pedregoso, casi intransitable; sin embargo, tuvimos algo de playa, toda desierta, llegando como á las cinco de la tarde al punto de *Nespa*, rancho corto, donde encontré al Capitan retirado D. José María Galindo, dueño ó arrendatario de él: para llegar, fué preciso atravesar un Estero que tendría como mil varas de travesía, dando el agua en lo más hondo á los caballos, hasta media costilla: está bien poblado de Caymanes, pero haciendo mucho ruido al pasar, no tuvimos novedad ni nosotros ni el perro que iba en ancas:

dormimos en dicho rancho con malos alimentos y peor forraje; á pesar de esto, recibimos buen trato.

DIA 7.—MISCALHUACÁN.

Salimos á las cinco de la mañana; llevamos muy mal camino y sin víveres; despoblado y sin encontrar más que uno que otro Tigre. En la playa destapamos un nido de Tortugas; sacamos los huevos y los asamos en el rescoldo, pero eran de tan mal sabor, que apenas comimos uno. Seguimos la ruta y llegamos al miserable Ranchito de *Miscalhuacán*, donde dormimos sin auxilio ninguno.

DIA 8.—CHUCUTITÁN.

Salimos de Miscalhuacán con luz, con un camino infernal. Cerca de medio día, llegamos á un punto nombrado *Chuta*, lugar muy miserable, sin recursos: despues de medio día, continuamos hasta *Chucutitán*, donde dormimos. En una barraca abandonada en la playa, á medio camino, encontramos una punta del Cerro que se introduce en el mar. Una cueva bastante espaciosa, provista de mazorcas de maíz y alguna carne salada, tendida en unos mecates, que parecía ser de venado; unos metates, comales y leña de breña, pero no había ni una alma; sin embargo, tendría habitantes en vista de haber una percha con ropa de hombre y de muger, pero no había perros. Allí desgranamos maíz que dimos á las bestias y tomamos alguna carne, dejando escrito en un papel lo que era y un peso encima. Como á las cuatro de la tarde y distante cosa de dos leguas de camino, vimos como á dos millas de tierra, cuatro Botes ó Cayucos carreteros que, probablemente pescaban. Llegamos á *Chucutitán*, ranchito abandonado en la playa, donde dormimos, dando punta de carrizo á las bestias por forraje, tomando nosotros carne asada y maíz tostado.

DIA 9.—LA ORILLA.

La salida fué de madrugada para evitar el calor; el camino fué todo playa sin vegetacion ninguna, ni un solo arbusto para sombreadarse. Cerca de las diez de la mañana pasamos por el pueblo de *Calpica*, lugar de alguna poblacion, pero no nos detuvimos, porque observé que había un movimiento como de desorden popular, y continuamos hasta otro pueblo llamado *La Orilla*, lugar mejor que el anterior. El Alcalde, D. José Mariano Valdeolivar, nos recibió muy bien, nos alojó y proporcionó lo necesario.

DIA 10.—ZACATULA.

Fué necesario esperar hasta despues de medio dia que pasamos aquel rio, y en seguida el de *Zacatula*, que á poca distancia desemboca sus aguas caudalosas en el mar. Dormimos en este pueblo, siendo muy bien recibidos por la Autoridad política, D. Vicente Lozano. El camino ha sido bueno.

DIA 11.—FELICIANA.

Salimos de Zacatula de dia claro, en bagajes (por estar muy maltratados mis caballos) que nos proporcionó el Alcalde, quien nos acompañó, por tener que ir á reconocer unos barcos que aparecieron en la Ensenada de *Petlacalco*: almorzamos en un rancho llamado *Sutena*; en seguida pasamos á comer á otro rancho nombrado *Coyuquilla*, llegando á *Feliciana* á las seis de la tarde. Buen camino. El Alcalde de *Santiago Zacatula* se separó en el camino.

DIA 12.—CHUTA.

Á las cinco de la mañana salimos, dándonos bagajes. El Juez encargado del lugar, nos condujo hasta la Hacienda llamada del *Tamarindo*, donde no quisieron relevarlos; pero el Alcalde D. Fernando Ortega, me prestó una yegua y nos condujo hasta la Hacienda de *Cayáco*, de la propiedad de D. Antonio Espino, donde nos dieron un guía y seguimos en nuestros caballos. Esta Hacienda estaba apestada. Contaba en ese dia cuarenta y seis epidemiados de viruelas y once cadáveres tendidos. Llegamos á *Chuta*, pequeña Hacienda, cuyo dueño, D. Rosalfo de la Cruz, nos trató muy bien y nos proporcionó bagajes, quedándonos á dormir en dicha finca.

DIA 13.—TAMALHUACÁN.

Salimos de Chuta á las seis de la mañana: á las diez llegamos al Ranchito de *Tamalhuacán*. Es una casita miserable perteneciente á un Julian Liborio, quedándonos allí por lo maltratado de mi avfo y no haber bagajes. Está situado en la orilla de la playa, y no hay recurso de ninguna clase. El camino, en su mayor parte fué pasadero.

DIA 14.—COCOYULA.

Después de amanecer, salimos de Tamalhuacán; comimos en la Hacienda de *Ixtapa*; continuamos con dos bagajes que nos dieron, hasta el Rancho de *Coacoyul* á la casa de D. Marcelino Laurel, á donde llegamos á las ocho de la noche. En este lugar me encontré con Jorgita Ramírez, que venía con su mayordomo y recua con carga, de regreso de las fiestas de *Coahnayulla*: hacía más de veinte años que no la veía, desde las últimas vacaciones que pasé en Petatlán, curato de mi tío D. Miguel Gómez.

DIA 15.—PETATLÁN.

Salimos á las diez de la mañana acompañados de Jorgita y sus dependientes. En *San Gerónimo* nos separamos, continuando yo para el pueblo de *Petatlán* á donde llegamos á las tres de la tarde. El camino ha estado bueno. Hubo de notable que al pasar por la Cañada, cuyo piso es excelente, Ortega, que iba á la vanguardia, vió que atravesaba el camino una culebra tan enorme, que dejó un rastro de media vara de ancho: la seguimos, y en efecto, tendría cosa de tres varas de largo y su mayor grueso como de más de tercia; la piel era parda y como de lija, la cabeza ancha y aplastada y los ojos hundidos como los del lagarto ó caimán: todos dijeron que no hacían daño á la gente. Petatlán, que en mi niñez se reputaba como una de las mejores poblaciones de la Costa, hoy ha desmerecido mucho en su comercio y plantíos de algodones, etc.; sin embargo, no es la menor de las que comprende Costa Grande.

DIA 16.—IDEM.

Permanecemos en Petatlán por falta de bagajes para continuar, estando muy maltratada mi remonta.

DIA 17.—COYUQUILLA Y TAMARINDO.

Salimos de Petatlán á las cinco de la mañana, almorzamos en el Rancho llamado *Coyuquilla* y continuamos nuestra ruta, hasta llegar á la Hacienda del *Tamarindo*, donde dormimos. Hubo que cenar alguna cosa y forraje para el avío.

DIA 18.—SAN LUIS.

Salimos del Tamarindo á media noche llegando á *San Luis*, casi al salir el sol, no pudiendo continuar por falta de bagajes. En el día me visitaron varias personas compañeras mías en mi niñez y juventud, y en la noche me obsequiaron con una diversion de bailecito. El camino de esta jornada y la anterior, fué bueno.

DIA 19.—TECPAM.

Á las siete de la mañana emprendimos la marcha, sin detenernos, llegando á las tres de la tarde á *Tecpam*, lugar hoy de más importancia en la Costa; sin embargo, no está ni la mitad de como estaba en 1806. El camino es bueno y he visto buenos *Tlacolotes de Algodon*, de arroz, y algunos cafetales y plantíos de cacao.

DIA 20.—SAN GERÓNIMO.

Salimos de Tecpam, temprano; almorzamos en el camino lo que llevábamos y llegamos á *San Gerónimo* (ó *el Zanjón*) á la una del día. Esta Hacienda, que fué de los Sres. Galeana, hoy ha desmerecido mucho en sus siembras y ganados cuantiosos; sin embargo, es acaso la más pingüe de Costa Grande: hoy pertenece á D. Pilar Galeana. Este amigo me recibió con el cariño de cuando fuimos jóvenes; me obsequió en cuanto pudo. Allí ví á D. N. Fachini, segundo Capitan del Bergantin *Sardo*, *El Colombo* (cuyo Capitan es el Genovés D. Francisco Picaluga), cuyo buque se halla fondeado hace algún tiempo en Acapulco, y hallándose enfermo Fachini había pasado á mudar temperamento á la referida hacienda. El camino ha estado bueno.

DIA 21.—POZUELOS.

Salí de San Gerónimo al amanecer: nos desayunamos en un rancho denominado *El Real*: anduvimos todo el día, y á las oraciones de la noche llegamos á la Haciendita llamada *Pozuelos*. Allí dormimos; habiendo encontrado que cenar y forraje.

DIA 22.—PIE DE LA CUESTA.

Salimos al apuntar el día: almorzamos en *Boca de Coyuca*, y despues de medio día atravesamos el *Manglar*. Al salir á una gran

playa ó llanura, como á las cuatro de la tarde, encontré al diputado D. Manuel Primo Tapia, quien con una escolta marchaba para Costa Grande, á desempeñar una comision del Exmo. Señor General D. Vicente Guerrero; y habiéndose impuesto de la que yo llevaba cerca de este mismo gefe por parte del Exmo. Señor General D. Miguel Barragan, de aquel mismo punto se regresó, uniéndose á mí y continuamos juntos hasta llegar á un lugar nombrado *El Pie de la Cuesta*, donde dormimos. El camino es bueno casi en toda su extension.

DIA 23.—ACAPULCO.

Partimos juntos Tapia y yo, del Pie de la Cuesta, despues de amanecer, sin detenernos, y llegamos al puerto de *Acapulco* á las once de la mañana; no pudiendo continuar, porque mis caballos no podían seguir por estropeados, y nos alojamos en la Aduana Marítima, cuyo administrador, D. Miguel de la Cruz, Manilo, nos asistió perfectamente.

DIA 24.—TEXCA.

Salimos de Acapulco D. Manuel Primo y Tapia y yo con nuestros mozos, al apuntar el dia. Llegamos á las doce á la orilla de un rio donde almorzamos; continuamos la ruta, hasta llegar á las cinco de la tarde al pueblo de *Texca*, lugar habitado por indígenas, muy miserable y de corta poblacion, pero memorable, por haber sido mas de una vez, el teatro de nuestras guerras desastrosas, y la tumba de algunos millares de individuos del Ejército, entre los cuales se encuentra el General D. Gabriel Armijo, que yace su cuerpo sepultado en la placita de aquel pueblo, debajo de un mezquite, al costado izquierdo de la Iglesia. Como era dia de Navidad, algunos indígenas, vestidos de pastores, hicieron una procesion en la noche, cuya música se componía de un pésimo violín y un Bombo. Nosotros nos acostamos; yo en una hamaca en el corredor, y Primo Tapia en una de las piezas de la casa (destinada al cura cuando suele ir). Había unos doce cajones de parque de infantería, y una cantidad enorme de zacate para rehenchir aparejos. Un arriero estaba haciendo esa operacion; pero tuvo la imprudencia de poner un cabito de vela pegado en uno de los aparejos, y cuando todos dormíamos, se incendió el zacate; esto despertó á Tapia, pero en vez de procurar apagar el fuego, trató de salvarse, dejándome solo; mas yo lo detuve y entre los dos y el mismo arriero, conseguimos ahogar la flama, con sobre-empalmas que echamos so-

bre ellas. Esto nos quitó el sueño y sólo esperamos el día para seguir nuestro viaje. El camino de hoy, la mayor parte fué malo. *Mi perro* quedó enfermo en Acapulco, muy recomendado á los criados de D. Miguel de la Cruz, por él mismo, para que se le cuidara con esmero hasta mi regreso.

No habiéndose encontrado en este lugar al Sr. Guerrero, se mandó un correo para saber el punto en que se hallaba; y enterados de que había marchado con todas las fuerzas disponibles de dos mil hombres sobre Chilpancingo, donde estaba el Exmo. General Bravo (D. Nicolás) nos dispusimos á alcanzarlo para terminar mi comision.

DIA 26.—JALTIANGUIS.

Salimos de Texca á las cinco de la mañana Tapia y yo, con nuestros mozos; pasamos por el Rancho de *Jaltianguis*, propiedad del General Guerrero, y continuamos hasta *Dos Arroyos*, donde dormimos; allí tuvimos noticia del mismo General, que iba adelante.

DIA 27.—ACAHUIZOTLA.

Mucho antes de media noche salimos; anduvimos toda ella, de manera, que al amanecer llegamos á *Acahuizotla*: allí encontré al General Guerrero, en un lugar que llaman la *Holla* (que era su campo) en actitud de marcha, rodeado de los Coroneles D. Juan Alvarez y D. Francisco Mangoy, y de los Gefes D. Cesario Ramos y otros. Tambien estaba allí el Genovés D. Francisco Picaluga, que iba de México para Acapulco (el cual me fué presentado por dicho Señor General, *como su muy bueno amigo*); allí mismo entregué los pliegos é impresos que llevaba, á los cuales les dió lectura públicamente, en medio de aquella muchedumbre. Luego que aclaró el día, se dió el último toque de marcha, y se emprendió efectivamente.

Yo hice presente al Señor General que allí mismo había terminado mi comision, y sólo me restaba llevar otros pliegos iguales á aquellos, al Señor General Bravo, contestándome que al terminar la jornada me despacharía. Así continuamos hasta la Hacienda de *Mazatlán*, donde le recordé el asunto, pero me contestó que más adelante, por estar ocupado en negocios de su expedicion.

DIA 28.—ALTO DEL CAMARON.

Como á las seis de la mañana marchamos. En el camino, supliqué al Señor General que me despachara, y así lo ofreció llegando al *Alto del Camaron*, donde se reunieron cosa de dos mil infantes y como cuarenta hombres montados en caballos y mulas; con dos ó tres piezas de artillería, entre ellas dos de á 24, venidas de Acapulco. No me despachó en esa noche, á pesar de mis reiteradas instancias.

DIA 29.—CERRO DE TIXTLA.

En la tarde de este dia, se movieron las fuerzas sobre *Chilpancingo* tomando el camino carretero, pero antes de llegar al punto llamado la *Cruz de Acapulco*, se tomó el camino del pueblo de *Petaquillas*, se varió de direccion yendo á ocupar las alturas de un cerro entre *Bravos* y *Tixtla*, llevando los indígenas casi en hombros aquella pesada artillería, que fué colocada al frente de la plaza, como á las diez de la noche; y al amanecer fué sorprendida con un tiro de la pieza de á 24, cuando el Sr. Bravo esperaba ser atacado por el camino de Acapulco.

DIA 30.—EN EL MISMO CAMPO.

En este dia pedí al Señor General que me despachase y me permitiese pasar á la plaza, á entregar al Sr. Bravo su pliego. En cuanto á lo primero ofreció hacerlo, y aun le dijo algo al Coronel D. Ignacio Pita, su secretario, pero respecto de lo segundo dispuso que lo llevara un indígena. Así se hizo, escribiéndole yo á aquel Gefe para que supiera por qué no era yo el conductor. Me acusó recibo en el mismo sobre del pliego. Ambas fuerzas guardaron una actitud hostil, pero sin más que cambiar algunos tiros de artillería.

DIA 31.—TIXTLA.

Viendo que no me despachaban, pedí al Señor General que me permitiera pasar á *Tixtla* para pasar Revista de Comisario mi asistente y yo: así se hizo en la tarde, yendo Tapia conmigo, habiendo marchado antes para el mismo punto una partida de cien infantes, no supe con qué objeto. Allí pasamos la noche, pero á la madrugada del dia 1.º de Enero de 1831, se oyeron varias detonaciones de cañon en el campo, distante de Tixtla tres leguas. El Capitan

que mandaba la fuerza se nos presentó, diciéndonos que al campo lo atacaban las fuerzas de *Bravos* y que nos replegáramos á allá. Yo le contesté negándome, pero insistió en ello, y como estaba ébrio fué preciso ceder: le seguimos Tapia y yo, atravesando la Sierra que separa á ambas poblaciones (que es un encinal muy espeso) hasta llegar á un punto inmediato al teatro de la guerra; pero una profundísima barranca y sin camino ninguno, impedía llegar á él.

EL DIA 1.º DE ENERO DE 1831.

Fuimos testigos presenciales de todo. Las fuerzas del Gobierno atacaron con bizarría, pero fueron rechazadas por las de Costa Chica que mandaba Juan Bruno: les quitó el parque y dos piezas despues de un reñido combate, y ocupándose éstas en desnudar muertos, recoger relojes, dinero, etc., se rehizo la infantería del Sr. Bravo, y emprendiendo una nueva carga sobre ella, aprovechando el desorden en que se encontraba, fué arrollado y vuelto á tomar lo perdido. La moral de las fuerzas del Sr. Guerrero se perdió y se desbandaron todas en varias direcciones, como á las once del dia. El Capitan que todo lo presencié, hizo lo mismo con sus soldados, dejándonos á Tapia y á mí con su mozo, en aquel encinal, sin camino ninguno que tomar y sin saber el terreno. Mi asistente lo dejé en Tixtla con mi avío, ropa, dinero, etc., para que se fuera á presentar al Sr. Bravo y le diese pasaporte para México.

Anduvimos en aquella sierra Tapia, su mozo y yo, sin camino, errantes y sin más direccion que el Sol, sin ver á más distancia que á cien varas por lo espeso de ella. Serían las cuatro, cuando encontramos á un indígena que llevaba un tercio de raja de ocote cargando y una hacha: le dimos el *alto* y le propuse que nos sacase al camino de Tixtla, ofreciéndole una onza de oro que le mostré, y aunque al principio se negó, por fin, vino á ceder; tiró su carga y marchó, entre el caballo del mozo que me precedía y el que yo montaba. Así caminamos á la casualidad, sin sendero y sólo á la direccion que le pareció conveniente, hasta como á las once de la noche en que la oscuridad de aquellos encinales nos impidió continuar y desensillamos, muertos de hambre y de sed por no haber una gota de agua.

DIA 2.—SIERRAS.

Luego que hubo luz continuamos, siempre extraviados. Como á la una del dia llegamos á unos paredones, donde había un agua-jito pequeño: allí saciamos la sed los hombres y caballos y segui-

mos buscando la salida, hasta las seis de la tarde, casi oscureciendo, que se vió un plan semejante á la entrada de Tixtla, asegurándonos el indígena que así era. Con mucha dificultad descendimos de aquella altura, como cosa de legua y media, hasta encontrar un camino carretero muy amplio, y despues una puerta de golpe, cuyo camino conducía á un caserío que, con la oscuridad de la noche, creímos que era la poblacion deseada. Allí dí al indígena la onza ofrecida, explicándole lo que valía en pesos fuertes, y continuamos los tres viajeros en busca de un meson donde alojarnos; pero, cuál fué nuestra sorpresa al darnos el *¡Quién Vive!* un centinela de un puesto avanzado, sin saber á qué fuerzas pertenecería. Respondí no sé qué; se nos reconoció y nos encontramos con que nos hallábamos en la Hacienda de *Buena Vista*, y que aquella fuerza era de los dispersos de Chilpancingo, que estaban reuniendo los coroneles D. Juan Alvarez, D. Ignacio Pita, Cesario Ramos, Mangoy y otros. Nos presentamos al primero, quien nos auxilió con un poco de totopo, tomamos agua y dormimos un rato para continuar hacia Texca.

DIA 3.—DOS ARROYOS.

Las noticias consiguientes á la derrota que sufrió el Señor General Guerrero, eran que este Gefe habia muerto, con otros que no parecían; por consecuencia, mi compromiso era grande, no pudiendo justificar, á mi vuelta á Jalisco, haber llegado al punto de mi comision: se lo hice presente al Sr. Alvarez para que contestase, ó por lo menos certificase haber entregado los pliegos á la persona á quien fuéron dirigidos, y su contenido. Así me ofreció hacerlo, si se confirmaba la muerte del Sr. Guerrero, y continuamos para el pueblo de Texca, quedándonos esa noche en Dos Arroyos.

DIA 4.—JALTIANGUIS.

Salimos á las cinco de la mañana, pasamos el rio, abajo del Peregrino, en un vado sumamente ancho, y llegamos al Rancho de *Jaltianguis* al medio dia, donde permanecimos hasta el siguiente.

DIA 5.—TEXCA.

Emprendimos la marcha, llegando á la una de la tarde al pueblo de *Texca*. Las noticias que llegaban de los dispersos, eran uniformes en cuanto al crecido número de muertos que había tenido el Sr. Guerrero, habiendo perecido él mismo. El Coronel Alvarez,

llegó en la tarde y me dijo, que allí no había ni una tira de papel, y era preciso esperar uno ó dos días: así se acordó para que los caballos pudiesen descansar y estuviesen capaces de regresar hasta la inmensa distancia que me separaba de Jalisco.

DIAS 6 Y 7.—TEXCA.

En el primero permanecí en expectativa de lo que pudiera saberse respecto del Sr. Guerrero. El segundo, como á las cinco de la tarde, ví acercarse á la casa donde me alojé, un hombre vestido con un pantalon azul raído, camisa de zarasa morada y sombrero muy viejo de palma, montado en un macho cambujo muy flaco: al acercarse me habló por mi nombre, riéndose, y luego conocí al General Guerrero; me abrazó y me dijo algo sobre la manera cómo había escapado la vida. Difundiéndose la noticia por la poblacion, se anunció con un repique por aquellos indígenas, reuniéndose todos los vecinos del lugar, jefes, oficiales y soldados dispersos de la accion.

DIA 8.—TEXCA.

En este dia descansó el Sr. Guerrero y me ofreció que marchando al siguiente para Acapulco, allí me despacharía.

DIA 9.—VENTA VIEJA.

Salimos de Texca, el Sr. Guerrero con una escolta, Tapia, yo y unos tres ó cuatro oficiales que le acompañaban (desconocidos para mí) como á las once del dia; y llegamos en la tarde al lugar nombrado *Venta Vieja*. Tambien llegó el Coronel D. Ignacio Pita, y se ocuparon en expedir órdenes para varios puntos, no supe con qué objeto. Allí pernoctamos.

• DIA 10.—ALLÍ MISMO.

Se permaneció en el mismo punto, por ocupaciones del Sr. Guerrero; sin embargo, me ofreció que llegando á Acapulco, exclusivamente se dedicaría á despacharme.

DIA 11.—ACAPULCO.

En este dia llegamos á Acapulco, despues de comer; el General se alojó en la casa de un conocido suyo, y Tapia, yo y su mozo,



nos alojamos en otra que eligió el primero. Desde el siguiente día comenzaron á ocuparse del despacho, el Sr. General, Pita, y creo que el mismo Tapia, habiéndose quedado en Texca reuniendo los dispersos de Chilpancingo, el Coronel Alvarez, Ramos, Mangoy y otros, menos Juan Bruno que se dirigió á San Marcos para levantar nuevas fuerzas en *Costa Chica*. En uno de estos dias me dijo el Sr. Guerrero, que se había puesto de acuerdo con su amigo D. Francisco Picaluga («quien era muy buen patriota») para que zarpara del puerto el Colombo con objeto de enagenar el cargamento que tenía á bordo, perteneciente á unos españoles, cuyo importe, realizado que fuera en *Petlacalco ó Zihuatanejo*, lo tomaría para continuar la campaña: que al efecto le daría el Administrador de la Aduana Marítima D. Miguel de la Cruz, uno ó dos dependientes de ella para la realizacion de los efectos, yendo todo á cargo de D. Manuel Primo Tapia, y que yo, desembarcando en aquella Ensenada, y provisto del auxilio necesario, regresaría á Jalisco con la correspondencia. Acepté, sin hacer más objecion, que la que, se me diera libre, y en calidad de asistente, un Cazador del 5.º Batallon (que yo había mandado) que se hallaba allí prisionero, por haber mandado el mío desde Tixtla á Chilpancingo, á presentarse al General Bravo, con la ropa y el dinero poco que me quedaba, á lo que accedió en el momento. Se continuó el despacho; yo fui á arreglar mi pasage con Picaluga por mí, y por mi asistente, pero aquél, con su inimitable hipocresía, despues de demostraciones de urbanidad, me dijo que se guardaría de exigir ni aceptar pago por el pasage en tres ó cuatro dias de navegacion, y que por tanto, no tenía más que disponerme, porque creía que dentro de tres ó cuatro dias daría la Vela. Así quedamos, hasta que el Sr. Guerrero hubo de terminar su correspondencia y me la entregó, compuesta de pliegos para los Señores Barragan, Facio, Bustamante y Alaman, con algunas cartas dentro para los mismos Señores, y mi pasaporte. En esta correspondencia puso tambien Tapia su pliego de instrucciones y unas tres ó cuatro firmas en blanco del Sr. Guerrero, para hacer uso de ellas en los casos que le prevenía. Todo quedó hecho un bulto, esperando la hora de salir del puerto.

En los dos dias siguientes, no salimos por falta de viento; pero el tercero, como á las diez de la mañana, estando Tapia y yo solos divirtiéndonos en un Villar, llegó un Marinero á llamarme para aprovechar un viento terral: dejamos los tacos y nos fuimos al alojamiento para sacar nuestras cosas, pero ya mi asistente y el mozo las habían llevado á la playa; fuimos en seguida á la casa del General y se nos dijo que se nos esperaba en el *Muelle*: nos dirigimos á él, y en efecto, allí lo encontramos: iba á darle un abrazo cuando



me dijo estas precisas palabras: «*Aun no nos despediremos, porque mi amigo D. Francisco (Picaluga) me ha convidado á tomar la sopa á bordo; y yo, por tener el gusto de acompañar á los dos Manueles, he aceptado.*» Una lancha ó Bote del Colombo y un Cayuco de la Aduana Marítima con sus vogadores, estaban atracados á tierra; en este último se embarcaron los mozos con nuestro corto equipo, monturas, armas, etc., y en la Lancha el Señor General, D. Miguel de la Cruz, su dependiente (D. Miguel Alic), Tapia, Picaluga y yo. Luego que estuvimos ya sentados, tendieron los remos seis marineros, y á la voz de: *¡Al adelante!* comenzaron á vogar fuertemente, hasta atracar bajo el portalon de la banda de estribor del *Colombo*: se echaron las escalas y subimos sobre cubierta.

El buque estaba aseado y empavezado, como si fuera de guerra, con la bandera Sarda flameando á popa y el gallardete en el mastilero del trinquete. Nuestra llegada á bordo se anunció por cañonazos que se mandaron tirar por Picaluga, por ambas bandas, (despues supimos que fué la señal de haberse verificado la aprehension del Sr. Guerrero, para que saliese el extraordinario á Chilpancingo dando el aviso), todos nos sentamos en los caramancheles, sin bajar á la cámara, por disfrutar del fresco de la bahía.

Á las doce se tocó la campana; se dió racion de aguardiente á la tripulacion y tomaron su rancho, incluso el contra maestre y el piloto, bajándose todos á la bodega. Como á la una, se sirvió la comida, á la que asistieron el General, Tapia, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, Faccini (2.º del buque), y yo; á los mozos y vogadores, se les sirvió sobre cubierta. La comida fué muy tranquila, sin que nadie absolutamente se hubiera excedido en la bebida, á pesar del empeño que se tenía en que se tomara mucho. Serían las tres de la tarde, cuando Picaluga me propuso (en francés) que subiéramos todos á la cubierta á tomar el fresco despues del café; convino en ello el General y así se hizo.

Ningun síntoma se observó que pudiera alarmarnos, pues se descansaba en la buena fe y amistad entre el Sr. General y Picaluga. La conversacion entre todos, fué de cosas indiferentes. Como á las cuatro, se comenzó á mandar la maniobra por el Capitan, situado á la banda de babor, cerca del timonel. Se levó primero una ancla que estaba á popa, y despues un anclote que estaba en la de estribor. Visto esto por el General, trató de despedirse, pero Picaluga le manifestó que aun debía levarse la otra ancla de proa: que se darían unas bordejeadas hasta enfilear la Bocana; condescendió y siguió platicando. El Cayuco de la Aduana, iba remolcando, lo mismo que una de las lanchas del Colombo, y cuando ya resuel-

tamente se despedía el General y el Administrador, bajando al mismo tiempo los vogadores de la Aduana, apareció sobre cubierta, un número crecido de hombres que habían estado ocultos en la bodega y en la escotilla de proa, armados de espadas y acaudillados por un Subteniente de cívicos de Acapulco llamado Rico. Á un tiempo se oyó la voz de todos, gritando: ¡«A tierra todo el Mundo!» acometiendo á todos nosotros. Este movimiento tumultuario, al momento casi de entrar á la Bocana y á media luz introdujo necesariamente el desorden, y cada uno procuró ponerse al abrigo. Tapia, mi asistente, el mozo y los vogadores se arrojaron á la mar; pero el primero, por una casualidad cayó en la Lancha, apoyando el pie izquierdo sobre uno de los Toletes de ella, guardando así por un rato el equilibrio, á pesar de los golpes de mar: yo me pegué al portalon de estribor armándome con un Guarda-mancebo, y el General preguntaba á Picaluga sobre tan extraños acontecimientos.

Éste, con la sangre fría propia de su carácter infame, le dijo: «¿Qué quiere V. Señor General? como hacía tanto tiempo que estaba fondeado el buque, hoy que sale á la mar, se ha emborrachado la tripulación.» El General le objetó, que cinco ó seis hombres se estaban ahogando, y entonces mandó el capitán al piloto, que embarcase dos marineros en la Lancha para que los sacasen. Así se hizo, se recogieron y subieron á la cubierta, pero apenas sucedió esto, cuando volvieron los amotinados á dar el mismo grito con iguales amenazas: entonces Picaluga dijo al General, que para que no se mortificara, se bajase á la Cámara con las personas que lo acompañaban, ofreciendo que él contendría el desorden. Obedeció el General, esperandó ser seguido de nosotros; pero se engañó, pues luego que entró á la Cámara se echaron sobre él, Rico y otros; lo metieron en un Camarote y lo hicieron acostar, quedando dos de ellos vigilándolo como centinelas, armados de espadas.

Entre tanto, sobre cubierta, pasaba otra escena. Aquella gente armada, se echó sobre los demás, y haciéndolos bajar á la bodega los amarraron de los brazos, pegándolos á los pilares, donde pasaron la noche, Tapia, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, mi asistente, el mozo y los vogadores del Cayuco, al cual creo que le cortarían la cuerda que lo remolcaba. En cuanto á mí, permanecí en el Portalon con el Guarda-mancebo de hierro en la mano, y cuando uno me indicaba por delante, que quedaba preso, otros me asieron por detrás de los brazos y me ataron con una cuerda de estopa trenzada, dejándome sentado en el mismo lugar junto á una de las piezas de Artillería. Esto pasaba en la mar, como á una milla de tierra, fuera de la Bocana.

En estos mismos momentos subieron de la bodega, uno ó dos

pares de grillos que le pusieron al General; á mí, como á las ocho ó nueve de la noche, me hicieron bajar por la escotilla de proa, y atado como estaba de los brazos, me sentaron al pie de la escala, poniéndonos varios centinelas de vista. Así pasamos la noche, incomunicados el General y yo, de todos los demás, ocupando aquel Señor la popa y yo la proa del Bergantín, es decir, los dos extremos del Buque.

Serían las cuatro de la mañana, cuando advertí, que un hombre me hablaba desde cubierta por la misma escotilla, llamándome por mi nombre, para que subiera: temí una intriga, y le contesté que no podía por estar atado de los brazos, y además, tener allí mismo junto á mí, un centinela de vista y no sabía qué órdenes tendría. Entonces dirigiéndose á él le dijo: «*laissez-lemonter.*» El centinela me dijo que podía subir, y dándome una mano Faccini (pues él era quien me llamaba) subí, en efecto: éste me aflojó los brazos, dejándome libre el movimiento de ambos; me llevó á uno de los Caramancheles, me hizo sentar, él hizo lo mismo y mandó que me dieran Te. Me habló del acontecimiento haciéndome entender que él no había tenido participio en él, pues que como subordinado no había hecho más que obedecer.

Á las cinco de la mañana, hora en que estaba relevándose el cuarto del Timonel, fué asomando la cabeza Picaluga, que subía por la escala de la cámara, y dirigiéndose á nosotros con un saludo, comenzó á hablarme de lo ocurrido la noche anterior, queriéndome persuadir de que esa medida, por violenta que pareciera, era necesaria y cedía en beneficio del mismo General, á quien hacía un positivo servicio, en retribucion de mil favores que le debía, como á un buen amigo: que su objeto era separarlo de la revolucion temporalmente, haciendo rumbo á las *Islas de Sandwich* donde permaneceríamos muy pocos días, regresando despues; y por último, que respecto de mí, lo sentía, pero que una medida general tomada y en paraje donde era impracticable mi regreso, no había podido exceptuarme. Todo esto, aparentando la mayor franqueza é ingenuidad. Yo, que había visto que á más de los víveres ordinarios ó comunes que había embarcado, sólo llevaba en pie una vaca, una ternera y unas cuatro ó seis cabezas de ganado cabrío, que iban afrontiladas á proa, contra la obra muerta y en el Cabrestante, me eché á reír, y notándolo, me preguntó la causa, á lo que le contesté: «Capitan: seguramente que V., como no me conoce, creerá acaso que no conozco la geografía, y que es la primera vez que viajo. Los víveres frescos que V. ha embarcado, no bastan para una semana de navegacion, pues á mi juicio, tiene V. á bordo en este momento, cuatro empleados desde V. hasta el contra maestre

y el piloto: lo menos, diez marineros, once pasajeros y acaso quince acapulqueños con Rico, que son casi cuarenta ó más personas; no habiendo puerto en que refrescar los víveres, pues el roll de V. es únicamente para Petlacalco ó Zihuatanejo.» Esta observacion le pudo mucho y continuó diciéndome: «Pues bien, Señor D. Manuel, ¿tendrfa V. embarazo en abordar en algun puerto de la República?» y contestándole yo que en cualquiera podfa desembarcar (suponiendo que harfa rumbo á la Palizada donde estaba el Teniente Coronel D. Florencio Villarreal, ó á Tehuantepec donde habfa yo mandado). Cortó la conversacion, agregando: que él, de todas maneras salvarfa la persona de su buen amigo el General Guerrero.

Como á las seis de la mañana, mandó bajar á la bodega á Faccini y, creo que al Contra maestre, y desataron á mis desgraciados compañeros, que tenfan ya los brazos morados de las ligaduras. Tapia, le dió las gracias, pero á poco rato, subieron encima de cubierta, un cajon de herraje: fueron poniendo anillas, pernos y chavetas por separado, y comenzaron á poner grillos á todos, principiando por Tapia: quedaba una anilla y un perno que debfa ser para mí, y haciéndolo presente á Pica'uga, mandó que se buscara con empeño la otra anilla, la que no se encontró, segun le dijo en inglés (no recuerdo si Faccini ó el Piloto) y entonces mandó bajar á los presos á la bodega. Despues, dirigiéndose á mí, me manifestó, que una de las pruebas que me daba de que me distinguía, era que no me habfan puesto grillos, como á los demás, y que me iba á dar cartas de recomendacion para el personal del Gobierno, sobre mi honroso comportamiento. Mi despecho fué sin límites; y contestándole (en inglés) le reproché su falta, desconociendo su pretendida excepcion de prisiones, pues si no se me habfan puesto, era porque no las hubo, y que jamás admitirfa de él ninguna recomendacion, por ser de un origen como era el suyo y por no necesitarlas. Yo seguí con mi cuerda en los brazos aunque no sin movimiento en ellos, y me instalé sobre cubierta, junto á una pieza de á bordo, exigiendo que me subieran mi equipaje que consistfa en un Síbolo, alguna ropa de uso, unas alforjas, y un saco en que estaba la correspondencia que llevaba, la cual no le ocurrió recoger.

Así continuó la navegacion, sin cosa notable, si no fué que al tercer dia se avistó como á diez millas de nosotros, un barco procedente como de Tehuantepec ó Guayaquil. De pronto no se pudo conocer, pero haciendo rumbo hacia él, se vió que era un Bergantin Goleta llamado *Flor de la Mar*, de la propiedad de un comerciante de Acapulco, cuyo buque se hallaba fuera de la Bahía, hacia muchos meses, de temor de ser detenido en ella, como lo fué el *Sardo Colombo*. Dicho barco, tampoco conoció á éste, y como

vió que parecía cazarlo, tomó la vuelta de afuera forzando sus velas, lo que advertido por Picaluga, mandó izar su bandera. Esto obligó al otro á izar la mexicana, y tomando rizos, aguantó hasta encontrarse ambos buques. *La Flor de la Mar*, hallándose al alcance de la vocina, preguntó al Colombo por su procedencia, novedad y dirección de éste: «*Acapulco: va el pájaro en la jaula, y á Huatulco.*» Entonces *La Flor* viró de bordo, presentó su proa al *Este*, hizo fuego por una y otra banda, con seis ú ocho cañonazos; oyéndose algunos *hurras* ó *vivas*; deseó buen arribo y siguió su rumbo. Esto me sacó ya de dudas, pues ví que no íbamos á la Palizada ni á Tehuantepec, sino al puerto más inmediato de los del Estado de Oaxaca.

ENERO 23.—PUERTO DE SANTA CRUZ DE HUATULCO.

Llegamos por fin como á las cuatro de la tarde del día 23 de Enero de 1831 á la altura de *Huatulco*: el Capitan viró de bordo para tomar la vuelta de afuera, y como á distancia de cinco millas de la Costa, dirigió la proa recto al puerto, aferrando algunas velas, y dejando solamente la mayor y la Cangreja, los foques y un velacho, con lo que una hora despues dimos fondo como á quinientas varas distante de un Bergantín Colombiano nombrado *El Francisco*, que tambien se hallaba fondeado con cargamento de Cacao, procedente de Guayaquil. Luego que anclamos, observé que había tropa en tierra, y á poco rato ví que desatracaban uno de los Botes de la Aduana, y que en él se embarcaron tres ó cuatro individuos que parecían ser militares, con el patron del Bote y cuatro vogadores. No me engañé: eran el Capitan D. Miguel González, el Teniente Guerrero, el Alférez Maciel y otro oficial, todos del 4.º de Caballería, que con anticipacion había mandado desde México el Gobierno, con objeto de recibir en dicho puerto al Sr. Guerrero, en caso de lograr su aprehension por Picaluga como lo había ofrecido. Llegado el Bote al *Colombo* se echó la escala y subieron á bordo los cuatro mencionados. Habló en lo privado González con Picaluga; se impuso de los pormenores del acontecimiento, y desde luego comenzó á tomar medidas, segun las instrucciones que tenía. Se me presentó saludándome con urbanidad, lo mismo que sus oficiales. Como probablemente Picaluga le diría que no había recogido de mí la correspondencia, manifestó interes por saber si tenía alguna; contestándole yo que sí, diciéndole el número de pliegos que eran; agregó: ¿que sí el Capitan me la había pedido? y contestándole yo que su torpeza le había hecho olvidar lo más interesante de su presa, no pudieron menos que reírse, advirtiendo

el sarcasmo, así como Picaluga, que se amostazó notablemente. Abrí las alforjas donde tenía los pliegos, y exigí de González que los tomase con sus manos, proponiéndole que practicase un cateo en lo que quedaba: tuvo la desencia de negarse á ello. En seguida dispuso que nos transbordaran al *Francisco* (con cuyo Comandante probablemente había acordado lo conveniente) á Primo, Tapia y á mí. En efecto, así se hizo, llevándonos en la Lancha del Colombo, los mismos oficiales, y presentándonos al segundo del Buque, que era un americano llamado Williams, le dijo: que nosotros quedábamos presos bajo nuestra palabra de honor, que nos asistiera de la manera más decente posible y que si queríamos irnos á tierra, á pasear, nos facilitara su Bote y cuanto más pidiéramos. En el Colombo quedaron el Sr. Guerrero, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, mi asistente, el mozo de Tapia y los vogadores del Cayuco de la Aduana de Acapulco.

Al siguiente día como á las cuatro de la tarde, se nos presentó el Teniente Guerrero con otro oficial, haciéndonos saber que con el carácter de fiscal, estaba instruyendo una sumaria sobre la sorpresa y prision verificada en Acapulco, debiendo, en consecuencia, tomarnos nuestras respectivas declaraciones. Las rendimos, y sin otra cosa notable, se retiraron el fiscal y su secretario.

Las actuaciones continuaron durante cuatro días, y el quinto, como á las tres de la tarde, un movimiento de la tropa nos indicó que podíamos bajar á tierra, aunque tambien se creyó que vendrían á acampar á la playa, temiendo que repitiera el horroroso terremoto que la noche anterior se hizo sentir: fué, en efecto lo primero, segun se nos indicó por una orden del Comandante de aquellas fuerzas. Á las cinco se presentó González en un Bote: habló con el Capitan del *Francisco* (quien ya había regresado de Oaxaca) nombrado D. Manuel García, español, embarcamos lo que teníamos y desatracamos con dirección á la playa, desprendiéndose al mismo tiempo una Lancha del Colombo, en la que iban el General y D. Miguel de la Cruz con los oficiales, quedándose embarcados todos los demás presos, que regresaron á Acapulco; y estando ya preparados allí unos malos bagajes, hice que al Sr. Guerrero se le diera mi montura, por más decente, y los tres montamos en las que tenían las bestias. Así emprendimos la marcha por un camino algo plano, por dentro de un monte bien poblado. Tapia, D. Miguel y yo, tomamos la vanguardia, sin escolta, á cargo del Alférez Maciel, quien nos dijo, que íbamos en entera libertad, contando con nuestra palabra de honor.

El General iba á retaguardia, escoltado por cosa de cincuenta Dragones del 4.º Regimiento y acompañado de González, el fiscal

y el secretario: el otro oficial iba á la cabeza de la tropa, pero se conservó la comunicacion nuestra con el Sr. General, á pesar de estarnos mirando á corta distancia, hasta llegar á *Oaxaca*. Dormimos en el pueblo de Huatulco, como á distancia de cuatro leguas del puerto (cuyo verdadero nombre es el de *Santa Cruz*), lugar muy corto habitado por indígenas, donde reside el Administrador ó encargado del resguardo de la Costa y de la Bahía.

DIA 29.—HUATULCO.

Debo hacer mencion de un hecho ocurrido en el *Francisco* en los momentos de embarcarnos para bajar á tierra. Picaluga que me había ofrecido recomendaciones para el personal del Gobierno, me presentó tres ó cuatro pliegos abiertos, diciéndome para quiénes eran y su contenido. La sangre se me subió al cerebro, y no pudiendo contener la ira que me causó la propuesta de aquel infame, prorrumpí en denuestos agenos de mi educacion, manifestándole que jamás ensuciaría mi bien sentada reputacion, aceptando recomendaciones de un hombre que, para mí, no era más que un bandido y el más ingrato, confesado por su misma boca. Confieso que me excedí, insultándolo de una manera inusitada, hasta pedirle que nos acompañase á tierra, para darle una leccion de honor y de recuerdo; pero González trató de cortar la cuestion dándome la mano para bajar al bote. Picaluga no se inmutó ni dijo una palabra, con una sangre fría propia de los hombres como él, avezados á toda clase de maldades.

DIA 30.—PIÑAS.

Al siguiente dia continuamos la marcha hasta un punto llamado *Piñas*. Es un pueblo de poca poblacion casi toda de indígenas, situada en una sierra muy elevada, cuyo terreno es sumamente fértil y está muy regado por varias cañadas y rios que, reunidos van á desembocar en la mar: su clima es cálido, pero corre de dia un ambiente agradable, y en la noche una brisa que refresca. El General se alojó en una casa de regular aspecto, y nosotros en otra contigua. La asistencia tanto en la marcha como en el alojamiento fué lo mejor posible. Siempre González y Guerrero, tomaban los alimentos con el General, y puede decirse, en obsequio de la justicia, que le daban buen trato; pero este Señor, fuera por su natural moderacion ó porque se hubiera dejado dominar por la desgracia, trataba con mucha humildad á sus conductores, y cuando quería agua, lumbre ú otra cosa, por insignificante que fuera, lo pedía

en tono suplicatorio: esto me lo comunicó el mismo González, añadiendo: que no podía lograr que mandase con imperio, pues para él no había perdido el carácter de respetabilidad que tenía adquirido. Como no estaba comunicado con dicho Señor, no pude hacerle una indicación como deseaba, pero lo tuve presente por si se proporcionaba ocasión para aprovecharla.

DIA 31. — SANTA MARÍA.

La siguiente jornada fué al pueblo de *Santa María*, situado en la cúspide de una montaña en una sierra tan hermosa como inaccesible: era con sumo trabajo, y montados precisamente en bestias mulares como pudo subirse: los caminos cuando son algo anchos, están llenos de piedras gruesas y de zartenejas que los hacen frágiles é intransitables; los senderos son estrechos y llenos de precipicios. Á las diez ú once de la mañana hicimos alto en una colina, delante de la cual había un pequeño prado, que dejaba ver á lo lejos, como á tres leguas, una hermosa cascada que formaba un río que se precipitaba de una altura elevadísima, á cuyo pie se notaban unas casas blancas; esto fué visto con asombro de todos, mientras almorzábamos. Aunque separados por el intervalo de un encino á otro, nos mirábamos perfectamente; y llamando González la atención del General con respecto á aquel magnífico espectáculo de la naturaleza, le respondió, instruyéndolo del nombre que tenía el río, el de la finca que se veía y el del propietario de ella, agregando la distancia que mediaba desde aquel punto, y las sinuosidades del río hasta desembocar en la mar. González, que por una segurísima precaución había elegido aquel camino desconocido de todo viajero y sólo transitado por los habitantes de aquella sierra, temió y se dobló la vigilancia, pero á nadie dijo nada sino á mí sólo, admirando los conocimientos del Señor General, que parecían no estar conformes con su humilde educación. Por fin, después de un pésimo camino, llegamos al pueblo de Santa María, residencia del Cura y cabecera de una dilatada feligresía. Como á las seis de la tarde, el Señor Guerrero se alojó con sus tres *Argos* en el curato y nosotros tres, con Maciel, en otra casa un poco separada de aquella: nos dieron chocolate en la noche y una regular cena. El pueblo, según pude informarme, es de consideración; su industria es: tejidos de lana, algodón, obras de madera, peletería y carne de caza, que es muy abundante; tiene alguna pesca, y su agricultura es de maíz, frijol y arroz en los parajes bajos, como vegas y recodos que forma la Sierra. Su clima es fresco en las alturas, y cálido en los planos.

FEBRERO 1º.—HUEJUTLA.

Al siguiente día, salimos de Santa María á las seis de la mañana en la forma acostumbrada; el camino de la Sierra, siendo todo descenso, ha sido malo, pero despues fué mejorando en las colinas, aunque tuvimos que pasar algunas cuestas bien molestas, hasta llegar á *Huejutla*, poblacion regular, y con alguna gente decente de la clase media. Allí encontramos una fuerza como de doscientos hombres del Batallon Activo de Tehuantepec y Zapadores, que unidos á los Dragones del 4.º Regimiento, formaron la escolta que desde allí debíamos llevar para seguridad de nuestras personas. Nos alojamos en la casa del Prefecto, y el General con su escolta en la inmediata. Serían las cinco de la tarde cuando se nos envió chocolate, y en la noche una cena frugal, pero suficiente.

Salimos de Huejutla temprano. Como á las doce del día nos detuvimos en la orilla de un río bastante caudaloso; sin embargo, tenía vado, aunque muy expuesto, porque estaba lleno de peñascos redondos y llenos de lama. Mientras se reunía la tropa que venía dispersa, almorzamos, y concluído el almuerzo, dispuso el Comandante González, que comenzase á pasar la tropa, comenzando á practicarlo la infantería, por la maroma formada por bejucos y ramas sólidas de Sabino, pero aunque bien construída no podía soportar el peso de doscientos hombres á la vez en una extension como de cuarenta varas que tenía el río en su parte más estrecha; por consiguiente, se hizo por pelotones como de veinte hombres en cada pasada. Entretanto pasaban por el vado, con bastante trabajo, las cargas y Dragones del 4.º Regimiento, pero casi en medio del río, por poca precaucion de un clarín, metió el caballo en un hoyo del que no pudo salir; el clarín, cayó en el río, y el caballo que no pudo afirmar los pies en aquel piso resbaladizo, fué arrastrado por la corriente, que era bastante impetuosa, lo mismo que el clarín. Esto llamó la atencion de González y de todos absolutamente, corriendo á la orilla del río para ver si podían sacar del peligro á aquel desgraciado. Estos momentos eran solemnes para todos, y por lo mismo, los *Argos* no se cuidaron de su preso tan vigilado; como diez minutos quedó abandonado sentado en una hermosa roca presenciando aquel lance crítico: yo me encontraba con mis compañeros en otra, como á seis varas de él, y aprovechando la ocasion, nos dijo á Tapia y á mí que le perdonáramos porque íbamos á ser fusilados con él, y que era responsable á nuestras familias de nuestras vidas por haber sido moroso en despacharnos. Yo le contesté que no pensara en eso, que no creía que se come-

tiera tal atentado, que le suplicaba que se condujera con más dignidad cuando se tratara de hacerse servir, pues hasta el mismo González lo había notado y se mortificaba, á lo que contestó: que ninguna queja tenía del trato que se le daba, y se cortó la conversacion por el regreso de todos los espectadores despues de haberse salvado el clarín menos su caballo y montura que se lo llevó la corriente. Un sargento se quedó dormido cerca del General, y temiendo este Señor que se fingiera dormido, la conversacion toda fué en mexicano para que sólo los tres pudiéramos entendernos. Terminado este acontecimiento pasamos nosotros por la maroma pie á tierra, llevando nuestros caballos los Dragones; montamos al otro lado del rio y continuamos hasta el pueblo de *Ocotlán*, situado en un lugar plano, como á las cinco de la tarde. Todos nos alojamos en el curato, que parece haber sido convento de Franciscanos, donde nos dieron chocolate.

DIA 2.—OCOTLÁN.

El Comandante González, impuesto del conocimiento topográfico que el General tenía en el terreno que pisaba, é instruido allí mismo por alguna autoridad local del prestigio que disfrutaba especialmente entre los indígenas, hallándose en una poblacion de ocho mil almas, casi toda de esa raza, temió. Estableció varias guardias, con centinelas avanzados; nombró contrarrondas y rondines y multiplicó la vigilancia hasta el extremo de pedirnos todo el dinero que pudiéramos tener en oro y plata, lo mismo que alhajas, relojes, etc., suplicándonos le dispensásemos y que todo quedaba á nuestra disposicion. Así se verificó sin la menor resistencia por nuestra parte. En la noche se nos sirvió la cena y dormimos sin más novedad.

Serían las siete de la mañana cuando se nos avisó que continuábamos la marcha; y á las ocho salimos de la poblacion atravesando una plaza, cuatro veces más grande que la de México, considerándola con todo y el Parián. Allí estarían seguramente más de tres mil personas de ambos sexos, oyéndose muchas exclamaciones de compasion, respecto de nosotros, especialmente en boca de las mugeres; las bocacalles estaban obstruidas, hasta fuera de la poblacion, que es muy extensa; y una vez salido de ella, continuamos hasta una pequeña Hacienda donde sesteamos un momento, para tomar algun refrigerio y continuamos dejando el camino carretero á la derecha, rumbo á la Hacienda del Carmen donde llegamos poco antes de la oracion.

DIV 3. - HACIENDA DEL CARMEN.

Se nos alojó, cenamos temprano, y se nos exigió que nos acostáramos á dormir; pero como á la una de la mañana nos despertaron. Encontramos los caballos ensillados; montamos, y en el acto emprendimos la marcha en las tinieblas de la noche. Por último, como á las cuatro de la mañana fuimos entrando á *Oaxaca* con el mayor silencio, sin ser sentidos de la población, dirigiéndonos al Convento de Santo Domingo, donde estaban preparadas las celdas necesarias para recibirnos, quedando separados, el General en una con su correspondiente guardia de oficial, Tapia y yo juntos y D. Miguel de la Cruz en otra, continuando la incomunicación como antes.

DIA 4. - OAXACA.

Cuando llegamos á la Hacienda del Carmen, ya nos estaba esperando, con una escolta que llevó, el Teniente Coronel D. Francisco García Conde, quien había quedado con el mando de la plaza, por haber salido el Comandante General D. Joaquín Ramírez y Sesma sobre Cuajinicuilapan, los Cortijos, etc. Habló conmigo muy largo: se impuso de todo, y me dijo que ningún riesgo corría el General y mucho menos yo y mis compañeros.

En la mañana siguiente nada hubo de particular. Á Tapia, D. Miguel y á mí se nos amplió la prisión dentro de todo el convento, que es espaciosísimo, pero el General continuó preso é incomunicado. El Sr. Ramírez Sesma, á quien oportunamente se mandó avisar por extraordinario, llegó en la noche; me fué á ver á mi celda, y me dijo que por su parte quedaba en absoluta libertad, á reserva de lo que hubiera producido la sumaria formada en Huatulco. Se impuso por mí, de todos los pormenores de la prisión, navegación, etc., retirándose y ofreciéndome sus servicios.

Al día siguiente se nombró para la continuación del proceso, al Teniente Coronel D. Nicolás Condelle, como fiscal, y secretario al Teniente de Zapadores, D. Agustín Ricoy. Siguió sus trámites, hasta su total substanciación, y cuando el Asesor, Lic. D. Joaquín de Villasante consultó tener estado, fué visto dicho proceso en consejo de guerra ordinario, y sentenciado el Sr. Gral. D. Vicente Guerrero á ser pasado por las armas *como sedicioso y conspirador contra el Supremo Gobierno establecido*.

Pasada la causa en consulta de Asesor, opinó que debía aprobarse la sentencia, con cuyo pedimento se conformó la Comandan-

cia General, mandando se ejecutase, previas las formalidades de estilo.

El día 11 de Febrero, á las seis de la tarde fué puesto en Capilla el desgraciado General, víctima de una ciega confianza que tenía en su pretendido amigo el Genoves *Francisco Picaluga* (de execrable memoria para todo el que se nombre mexicano); fué asistido por varios religiosos de aquel convento, pero el día 12 despues de media noche, fué extraído de la Capilla, y conducido violentamente al pueblo de Cuilapan, distante cuatro leguas de Oaxaca, donde fué ejecutado en la mañana del día 14, quedando sepultados sus restos mortales en aquel lugar insignificante, hasta entonces, casi ignorado de todo el que no era nacido, ó vecino de él.

En una de las celdas inmediatas á la en que yo permanecía preso con mis compañeros Tapia y D. Miguel de la Cruz, exhibió el Coronel D. Gabriel Durán tres mil onzas de oro, y dos mil pesos fuertes, que llevó de México para que fueran entregados al Genovés Picaluga, como premio convenido con él, por su escandalosa y repugnante accion.

El día 15, me hizo saber el Coronel Sesma, que yo quedaba en absoluta libertad, por no resultarme responsabilidad ninguna, quedando absuelto del cargo. Que me pasara en Oaxaca; que visitara á mis antiguos amigos y familias; que pronto marcharía para México González con su fuerza y podía aprovechar esa ocasion para ir seguro. En efecto, el día 20 marchó la fuerza y yo con ella en compañía de Primo Tapia y el Administrador de la Aduana Marítima de Acapulco, D. Miguel de la Cruz. Estos dos señores en clase de arrestados.

Llegado á México, me presenté al Sr. Facio, como Ministro de la Guerra, y al Sr. Bustamante, como Vicepresidente, disponiendo el Gobierno que me hiciera cargo del Juzgado Militar, pasando despues á servir la primera Seccion de la Comandancia General de México. Primo Tapia y D. Miguel de la Cruz, fueron absueltos y puestos en libertad.

El General Barragán, que se hizo sospechoso al Gobierno, por el paso que dió para la consecucion de la paz y la fusion de los partidos que se despedazaban, fué relevado por el General D. Joaquín Parres, yéndose despues á Francia con permiso del Gobierno.

El Coronel D. Mariano Paredes y el 2.º Ayudante D. Paulino Boleaga, que llevaron iguales comisiones á la mía; el primero cerca del Sr. Bustamante, y el segundo cerca del Sr. D. Francisco García, Gobernador de Zacatecas, no sufrieron nada en sus personas.

Sorpresa de Mr. Chaill, amigo del General Guerrero, que pasando por Tixtla, le llegó la noticia de haber sido éste ejecutado en Oaxaca, despues de aprehendido en Acapulco, por el Genoves Francisco Picaluga.

SONETO.

Viajando por el Sur un extranjero
Que allende de los mares ha venido,
Encontró todo el pueblo conmovido
Lamentando la muerte de un *Guerrero*.

Investiga la causa el pasajero,
Y sabe, que aquel héroe, presa ha sido
De un Genoves traidor, soez y atrevido,
Prostituyéndose por el *vil dinero*.

Al observar el cuadro lastimero
Que aquella horrible escena presentaba,
Entre agitado, absorto y pesaroso,

El extranjero, á todos preguntaba:
¿Quién gobierna hoy al pueblo mexicano,
La ley augusta, ó el audaz tirano?
